

Nadie

Guy Vargas



Capítulo 1

Todo empezó una mañana de enero. Salí de mi casa y noté que la nieve lo había recubierto todo. La blancura que emanaba de aquel manto uniforme destallaba los rállos del sol con gran vivacidad. El cielo era totalmente azul y una ligera brisa congelada se infiltraba por dentro de mi ropa causándome un agradable escalofrío. La mañana era especialmente radiante y optimista. Todo parecía alcanzable, nada insuperable. Empecé a caminar en dirección de la universidad, donde tenía clase. Tenía el tiempo de gozar del trayecto. Después de unos quince metros caminados, me dí la vuelta y advertí como mis pasos habían marcado su huella en la perfección de la nieve. Seguí adelante, relajado. No se oía ningún ruido. Por causa de la nieve ningún coche había salido. El silencio tan solo estaba acompañado del ruido de mis pasos en la nieve y del viento en los árboles. Qué agradable! Llevaba mucho tiempo sin salir a la calle con tanta ligereza en el cuerpo y en el alma. Caminé durante diez minutos, sonrisa en la cara hasta llegar al campus. No ví a nadie, no me alarmé, era probable que a causa de la nieve hubiesen anulado las clases durante el día. Quise asegurarme de ello y entré en el edificio principal y me dirigí hacia mi aula sin cruzarme con nadie. Entré en el aula pero estaba vacía. No pasaba nada, ya que estaba fuera, decidí darme un paseo. Salí del edificio y dí la vuelta al campus sin ver una sola persona. El ambiente era extraño. Aquel lugar estaba siempre lleno de vida, y al verlo tan vacío y silencioso, un leve malestar se apoderó de mí. Pero estaba decidido a apreciar aquel momento.

Me alejé del campus siguiendo las vías del tranvía totalmente cubiertas por la nieve. Todo estaba absolutamente liso e impoluto. Nadie había estado aquí. Entonces, al cabo de unos metros, me dí la vuelta. Mis pasos no habían dejado ninguna huella. No podía ser, me había hundido hasta el tobillo, alguna marca debería estar visible. Hice unos pasos de lado y las huellas estaban bien presentes. Me alivié. Por un instante. Mirando los pasos en la nieve, la vista se me hizo borrosa, como si la blancura no dejase discernir bien los tonos de sombra. Todo estaba absolutamente perfecto y uniforme. El malestar se acentuó fuertemente. El silencio se hizo mucho más pesado y agobiante. Debía haber alguna explicación, no podía ser posible.

Quizás, la composición de la nieve, por cualquier razón, se había modificado y su resiliencia era inmediata. Solo me intentaba convencer, en vano.

Volví hacia el campus con un paso mucho más precipitado y angustiado. Cada instante me daba la vuelta para contemplar con horror de qué manera mis pasos no permanecían grabados en la nieve. Una vez llegado

al campus me dirigí hacia el edificio más cercano e inspecté cada aula.

Todas estaban vacías. No podía ser que fuese la única persona en haber venido aquí esta mañana, que estaba pasando? Mi corazón latía extremadamente fuerte, tenía mucho calor, sudaba fuertemente en mi abrigo de invierno. Me senté contra una pared, y pensé. Cosa que no sirvió a nada más que ha inventarme situaciones cada una mas extravagante que la otra, y así incrementar mi confusión y el terror que engendra. Me tenía que tranquilizar, no pasaba nada, todo debía tener una explicación, la gente no podía desaparecer de esta manera, sin ninguna razón. Si hubiese pasado algo, en la televisión lo estarían transmitiendo. Entonces volví a casa, con un paso vivo, sin darme la vuelta. Entré precipitadamente a casa y encendí la televisión.

Televisión que no se encendió. Me llevé las manos a la cara y me quedé así unos minutos, consternado, asustado, completamente perdido. Salí de casa y corrí en dirección de la casa de mis vecinos. Llamé al timbre. Sin respuesta. Lo volví a intentar un par de veces más sin resultado. Probé con todas las casas de mi calle. Nadie venia a darme explicaciones. Algo grave estaba ocurriendo, no podía ser que todo el mundo haya desaparecido en una noche. Me esperaba una buena hora de camino hasta el centro de la ciudad. Decidido a que alguien me diese respuestas, empecé a andar con energía.

Los metros se acumulaban y ninguna señal de vida se hacía ver. Al cabo de un momento llegué en una calle definida por dos altos inmuebles, el viento no corría. Entonces me di cuenta de que mis pasos no hacían ningún ruido al aplastar la nieve del suelo. El silencio era absoluto. Balbucí unas palabras incomprensibles, pero ningún sonido salió de mi boca. Horrificado, grité. Grité con todas mis fuerzas para que alguien me oyera, para que yo mismo me oyera. Pero en vano.

Cualquier sonido que podía provenir de mi persona, en ese lugar y momento, era inexistente, y era allí la fuente absoluta de toda mi angustia. En cada momento tenía la sensación de dejar de existir un poco más. El pánico me ganaba, era incapaz de relajarme y ponerme a pensar con tranquilidad. Mis pensamientos eran confusos, no conseguía dar una explicación lógica a todo lo que estaba pasando. Tenía que sentir algo más que el terror que estaba sintiendo, tenía que interactuar con algo exterior a mí. Así que me puse de frente a una pared, y me golpeé varias veces la cabeza, lo más fuerte que podía. No sentí absolutamente nada. Ni el dolor del golpe, ni el impacto, ni tan solo el contacto frío del muro. Me quedé así, la cabeza posada en la pared, los ojos cerrados.

Extrañamente me sentí un poco más relajado. No es que tuviese esperanza, ya prácticamente ignoraba lo que era. Incluso el pánico y el terror me iban soltando lentamente, relajando mi mente. Me senté contra la pared. Miré mis manos. A duras penas conseguía verlas. Se perdían en

la blancura de la nieve que se notaba a través. Eran transparentes. Me levanté y avancé unos metros para hacerle frente a un cristal en el que me reflejaba. Veía claramente mi ropa, pero no mi rostro. Estaba difuminándose. Me quité entonces todo lo que llevaba puesto. No tenía frío, mi cuerpo ya no era mi cuerpo. Pero seguía teniendo una cierta consciencia de mi, llevándome a la curiosidad de contemplar como se desvanecía lo que había sido mi cuerpo, lo que había sido yo. Me tumbé en la nieve, pero no era mas que una volátil voluntad.